

II Concurso literario Heraldo de los Reyes Magos de cuentos de Navidad para periodistas

Obra vencedora

UNA NAVIDAD ESPERADA

Por Marialuz Vicondoa

Me han dicho que, por fin, esta vez van a llegar. Que estas navidades vendrán a buscarme y que me iré con ellos, al país donde no hace frío y donde todos los niños, eso me han dicho, tienen unos papás. Yo, aquí, tengo mamicas, pero son muy pocas para todos los que estamos. Además, cada día vienen unas y se van otras. Las que siempre están son las monjas, aunque creo que pronto se morirán porque son un poco viejecitas.

Ayer oí decir a la hermana Agustina que iban a pedir más camas al obispado, que no sé muy bien qué es, pero es alguien a quien queremos muchos porque cuando vamos a rezar pedimos por él, para que nos traiga, además de camas, colchones, pañales, leche y libros para la escuela. Aunque la verdad es que ahora a la escuela vamos muy poco porque no vienen los profesores desde hace mucho.

Bueno, por eso tengo muchas ganas de que llegue la Navidad. Me han dicho que esta vez es seguro y que no ocurrirá como hace unos meses, cuando ya estaba todo preparado y yo estaba ansioso y nervioso..., pero al final me dijeron que no podía ser, que había habido un retraso en unos papeles no sé de qué. Los días siguientes no pude comer, ni levantarme de la cama. Me quedé enfermo, quieto, sin hablar, soñando con lo que no había sido y lo que deseaba que fuera. Poco a poco me he recuperado y ahora dicen que ya estoy bien, como los demás, aunque le he escuchado decir a una señora muy importante que ha venido que le decía a la hermana Martina que estos niños, por nosotros, miramos sin mirar. Yo no le he entendido muy bien, pero luego nos han dicho que había dejado un montón de dulces y de galletas para el refrigerio. Ahora cuento los días que faltan para la Navidad.

Entre todos hemos puesto el Belén, como otros años, en la entrada, y todos los días pasamos a verlo y a rezar. Aunque no me lo digan, yo también sé que tenemos tanto cuidado en poner el Belén porque hay un día en el que un grupo de personas vienen a visitarnos, a nosotros o al Belén, eso no sé. Pero sí que sé, porque lo veo siempre, que se quedan ahí parados, en la entrada, como no queriendo pasar, sonrían mucho y nos aplauden cuando terminamos de cantar junto al Belén. Después se van y dan unos paquetes que las hermanas se llevan corriendo, como escondiéndolos.

El otro día, mientras cantábamos, noté que la hermana Agustina me señalaba. con la mirada y una de las señoras que estaba con ella movía la cabeza de arriba hacia abajo. Cuando se fueron me acerqué al niño Jesús, porque estaban muy cerca de él cuando hablaban por lo bajo. Y me dijo que sí, que habían dicho que ya estaban listos los últimos papeles y que pronto vendrían a por mí.

Me da miedo hacerme ilusiones, no me vaya a ocurrir lo de la otra vez. Porque, a ver si me va a pasar como le ocurrió a Orlando, que después de decirle varias veces que venían a buscarle se quedó aquí hasta hace unos meses, que se lo llevaron a otro sitio porque decían que ya era muy mayor para estar con nosotros. No sé por qué le veían mayor, sólo tenía seis años, y, además, por una cosa que tenía, dicen que desde que nació, no podía hablar y llevaba pañal, por lo que todavía parecía más pequeño. Por eso me da miedo que me pase como él, que me dejen aquí y que luego me lleven a otro sitio que no conozco, porque yo ya tengo 5 años y veo que los niños que se marchan son siempre más pequeños.

Pero ¡no importa! Desde que me lo dijo el niño Jesús, voy todos los días a visitarle, por si se ha enterado de algo más.

Esta mañana me han mandado a duchar y lavar el pelo y me han puesto una ropa que no había visto antes. La hermana Agustina, que es la que más manda aquí, me ha dicho sonriente que hoy es el día. A todo correr he ido al Belén, a preguntarle al niño Jesús si era verdad. Y, ¡puf! me ha dicho que sí, que es verdad, que hoy llegan a buscarme.

Han venido y me han besado, mientras los demás niños observaban envidiosos desde la verja. Tanto él como ella me han mirado mucho e incluso he visto que a la señora se le escapaba alguna lágrima que enseguida se ha limpiado. Me han dicho que vienen de muy lejos, así que igual es por eso, que está cansada. Me han traído unas pinturas y un coche. He notado cómo mis compañeros no me quitaban la vista. Después, todos ellos se han acercado y me han rodeado, tocándome como si eso sirviera para que a ellos también les pasara lo mismo. Pero sólo yo les podía dar besos, sólo a mí me sonreían, sólo a mí me miraban. Les he enseñado todo, como si no me fuera a dar tiempo de nada, para que ni ellos ni yo olvidáramos el que había sido hasta entonces mi hogar. Quería retenerlo todo, les mostré el patio de juegos, el jardín, el cuarto de las bicis, mi cama y, cómo no, les he llevado a la entrada y les he enseñado el Belén. Quería que tú, niño Jesús, les vieras bien. Ya me he dado cuenta de que les conocías y de que tú les habías traído. Ellos te miraban. Yo, en silencio, me retiré un poco hacia atrás, por si teníais que hablar de vuestras cosas.

Me alejaba, sin maleta, con una ropa y unos padres a quien no había visto nunca, pero me iba con la cabeza hacia atrás, porque quería verte hasta el final. Se abrió la puerta, y mientras desaparecía de la mano de mis padres hacia un país donde hay familias, mantuvimos la mirada hasta el final. Fue suficiente.